HN/1689
Biblioteca Nacional
COMPRA

Toda la correspondencia al Director

Telefono 1113

Vida Nueva

No se devuelven los originales

Telegramas: Vida-Nueva, Madrid

Núm. 1 — **Oficinas: San Agustín, 10.—Madrid** — **12 Junio, 1898**

UN periódico PARA EL PÚBLICO, sin compromisos con ningún partido, sin apoyo ni protección declarada ú oculta de nadie, sin espíritu de escuela determinada. Un semanario independiente, una tribuna en la que quepan todas las ideas y todas las opiniones en interés de los lectores, que serán colaboradores nuestros cuando quieran enviarnos algo que al público le interese. Eso es el periódico VIDA NUEVA.

Las diferentes opiniones políticas, posiciones sociales y puntos de vista de sus redactores, son garantía de que cada cual de ellos podrá opinar y escribir como le parezca, y por cuenta propia.

Venimos á propagar y defender LO NUEVO, lo que el público ansía, LO MODERNO, lo que en toda Europa es corriente y aquí no llega por vicio de la rutina y tiranía de la costumbre. Y con esto queda sentado que VIDA NUEVA será, no el periódico de HOY sino el periódico de MAÑANA.

Los nombres de las personas que en él han de escribir semanalmente, deben convencer al público de que esta publicación será todo lo que se quiera y la quieran llamar, pero no será nunca reaccionaria.

VIDA NUEVA

¡Vida nueva! Así dicen millones de españoles, hartos de lo viejo, de lo usado, de lo fracasado, de lo convencional, de lo que no existe en ninguna parte más que entre nosotros.

¡Vida nueva! Es decir, nueva savia en los partidos, nueva savia en las ideas, basta de rutinas, de abusos, de egoísmos de arriba y desdichas de abajo, de caciquismos, de reaccionarismos legendarios.

Hace cincuenta años que la vida española es siempre la misma, y mientras el mundo progresa, España sigue amarrada á lo antiguo, más reaccionaria que á principios de siglo, más paralizada que nunca.

Todo es antiguo entre nosotros: la política, las letras, las artes, las costumbres, los gustos, el comercio, la industria, la vida corriente. Parece que nos hallamos empeñados en aislarnos del mundo. Y cuando vienen las grandes catástrofes nos cogen desprevenidos, pobres, sin adelantos, sin recursos; tenemos mucho corazón, mucho sentimiento, mucho entusiasmo; ni tenemos Gobiernos ni tenemos hombres, ni salimos de ayer ni queremos entrar en mañana.

No tenemos Gobiernos porque *es imposible* que ninguno de los que se suceden haga nada en provecho de la nación. Con leyes absurdas, con leyes á la antigua, con procedimientos de hace un siglo, ningún gobierno podrá vivir, porque los gobiernos no son más que *los encargados de aplicar las leyes*. Ni éste, ni el anterior, ni el que venga después, ni las Monarquías ni las Repúblicas, harán nada *mientras no lo renueven todo.*

Con Parlamentos sin iniciativas, con diputados sin voluntad propia, á excepción de cuatro ó cinco independientes, con caciques que mandan más que los Gobiernos, con leyes de enseñanza que estacionan á la juventud, con la religión al servicio de intereses políticos, no puede haber España, será eternamente la España de los electores que votan por dinero y de los Congresos que hacen de todo menos leyes de progreso y de mejoramiento social, como se hacen en todas las naciones del mundo.

¡Vida nueva! En el ánimo del país está que con guerras ó sin ellas, con este sistema ó con otros, así no podemos vivir, que *lo nuevo* se impone, que se ansía por todos una solución á tantas desdichas, á tantas miserias, á tantos desalientos, á tantas indiferencias, á tanto tiempo perdido.

Pero no se hacen sólo las revoluciones con pronunciamientos y con fusiles, porque en tal caso bastaría un millonario que diese las armas de ataque para que impusiera una revolución ó un movimiento cualquiera, que resultaría la obra suya, y no la obra de todos.

Las revoluciones se han de hacer *con las ideas,* y al país caído en desmayo ó por desengaños de tanto tiempo, ó por la ignorancia en que de intento se le ha educado, hay que hablarle el lenguaje de la vida moderna y prepararle para un porvenir más próximo ó más lejano, pero nunca remoto.

A la juventud inteligente, entusiasta y patriota, corresponde esta noble tarea, y por eso en este periódico cabrán todas las opiniones cultamente expresadas. Cada escuela tendrá su sección, cada clase social la suya; cada lector podrá decir lo que crea útil á su tiempo y á su país; no habrá en esta casa compromisos con nadie ni recibirá favores de nadie. Como no haremos un periódico de cuestiones *personales*, será una REVISTA al alcance de todos, un almacén de ideas *nuevas*, una tribuna á la que puedan subir cuantos quieran. Una REVISTA de las que con tantos trabajos notables se publican en España no está al alcance del pueblo. *Esta* la podrán leer, ricos y pobres, altos y bajos, y en ella encontrarán cien trabajos distintos, que tal vez lleguen á difundir en España ideas algo más prácticas que las que revelan las polémicas políticas, las pasiones de partido, las pequeñeces del negocio, la lectura frívola y sin transcendencia que se les ofrece á los que no pueden leer otra cosa por falta de medios.

Las firmas que van en este número y las que aparecerán en los sucesivos no necesitan recomendación. Domina en la múltiple colaboración de VIDA NUEVA el elemento joven. Por más viejo, sin duda, han querido estos conocidos y populares escritores que hable yo aquí hoy el primero. Gran fortuna la mía, de ver en torno de mi modesta persona una juventud entusiasta y trabajadora, sinceramente liberal y deseosa de contribuir *á la obra del porvenir* con la fe y la energía que tuvimos nosotros los que en la anterior generación lo sacrificamos todo al progreso y á la libertad de la patria! Compañero de esta juventud y con el entusiasmo de entonces, que los años no han amortecido, he de acabar diciéndoles á todos, y á los que han de venir á aumentar el número de los colaboradores: ¡Dichosos vosotros si conseguís sentar los cimientos de una obra sinceramente patriótica!

EUSEBIO **BLASCO.**

EL DEPURATIVO

España guerrea hoy contra su voluntad y sola: lo primero, porque lejos de mostrarse agresiva se ha visto provocada; lo segundo, porque solos hemos venido á quedar en el mundo por culpa de aquella fría neutralidad, que ni da amigos ni quita enemigos: error que á la larga suelen pagar los pueblos atrayéndose el odio de los vencidos sin merecer la gratitud de los vencedores.

No hay nación europea á quien pudiera ser la guerra más funesta; para cualquier otra sería la renovación de un mal antiguo, para nosotros es la persistencia de una desgracia crónica. Italia, Austria, Francia, tienen cicatrizadas sus heridas; las de España abiertas están desde principios de siglo, y con la sangre que de ellas ha manado habría, en calidad y empuje, para conquistar un mundo. La ha vertido peleando seis años por la independencia, y durante catorce, en dos campañas, por defender la libertad: en Africa y en el Pacífico, por la honra; en las tierras que descubrió, por conservarlas.

Acaso seamos pródigos de ella, como lo son otras naciones de la actividad para el trabajo, de la previsión para el ahorro, ó de la astucia para engrandecerse á costa del débil. Los demás pueblos prevalecen por su amor á la existencia: nosotros, en desprecio de ella, hacemos del esfuerzo hábito y del heroísmo costumbre. ¡Hermoso y triste privilegio: no gozar en la vida más que el orgullo de saber perderla!

A esta virtud, que nadie nos puede negar, se opone una flaqueza que es forzoso reconocer.

Somos tan pequeños en nuestro solar como grandes cuando salimos de él: es nuestro rasgo distintivo, fuera de la patria, hacerla respetar ó morir con gloria; dentro de ella empobrecerla y desangrarla: á esto parecemos condenados, como hijos locos que lejos veneran á su madre y cuando cerca ignoran la dulzura de amarla.

No hay nación de Europa que no tenga aspiración definida: Inglaterra, valerse de las discordias ajenas convirtiendo el mundo en mostrador de sus mercaderías; Rusia, dilatar en Asia su poderío; Austria, dar homogeneidad y firmeza á los elementos heterogéneos é inestables que allegó la diplomacia; Alemania adquirir un imperio colonial; Italia, afirmarse como potencia de primer orden; Francia, la reconquista de sus provincias perdidas. ¿Cuál es nuestro ideal? Ni la influencia en el Mediterráneo, ni la posesión del Norte de Africa, ni la Unión Ibérica, ni la reivindicación de Gibraltar... Nada. España parece la infeliz Penélope, que teje y desteje la urdimbre de su manto, sin consentir que nadie lo toque ni lo profane, pero manchándolo ella misma con su propia sangre y destrozándolo con sus inhábiles manos. Es pueblo de soldados que saben morir y políticos que no saben gobernar.

Cuando alguno de estos últimos enferma ó muere, en las columnas de los periódicos y en las cintas de las coronas fúnebres leemos escritas estas palabras: *el insigne, el eminente, el hombre de Estado.* A pesar de lo cual sería difícil decir lo que les debe la nación. En cambio costaría poco trabajo probar de qué desaciertos son reos. Han desacreditado el sistema representativo trocando el Parlamento en teatro de su pequeñez; han podrido el sufragio dejando en tela de juicio la eficacia de la libertad; si monárquicos, no han acertado á restaurar la majestad del régimen; si republicanos no han sabido dejar de odiarse para hacer deseable la República: todos son merecedores de que el país les mire con hostil desconfianza: todos culpables de que, mientras resucitan las manos muertas, los pueblos estén hambrientos y el fisco venda á los labriegos sus terruños y sus yuntas: ellos son responsables de que la conciencia pública contemple con terror ya que no acierte á calmar con justicia, las amenazas de destrucción social. En todos los partidos habrá hombres de buena fe ¿quién lo duda? mas poco será su poder cuando ni los autoritarios hacen respetable la fuerza, ni los liberales muestran la eficacia de la Libertad. Así hoy, fuera de ellos mismos y su séquito, nadie atiende á jefaturas de enanos ó ascensos de covachuelistas, ni presta oídos á la oratoria vulgar y adocenada. El hormiguero de partidos, fracciones, grupos y personas desaparece ante algo que importa más.

Por lo que cuesta en sangre, lágrimas y oro; porque con la derrota puede traer la humillación; porque los pueblos tienen la convalecencia larga, es la guerra calamidad pavorosa: furia preñada de males, que hasta cuando concibe la victoria puede parir la dictadura. Pero, á trueque de tamañas desdichas, sirve para alejar el pensamiento de lo mezquino acercándolo á lo grande.

Cuando se hace por causa justa es para el alma nacional, como un depurativo para el cuerpo enfermo por las reliquias del vicio. Por eso España acepta instintivamente su Jordán en su propia sangre: signo tal vez de que si vencida, por consolarse, y si triunfante, en virtud de las fuerzas adquiridas, sabrá negarse á que la gobiernen los que no merecen servirla.

Dolorosa es la guerra, pero prefiramos sus heridas á esa fiebre pútrida de la política menuda que respira aliento de sepultura.

JACINTO OCTAVIO **PICÓN.**

CASTELAR conspirador

(CARTA INÉDITA Á LÓPEZ DE AYALA)

París 11 de Octubre de 1868.

«Querido amigo y dueño: imposible olvidar nuestro viaje (1) *y su poco caballero, al amigo generoso que nos acompañó hasta el Pirineo. El recuerdo está vivo en la memoria y la gratitud viva en el pecho. De paso para España me detengo más horas en París. Los amigos de América me rodean, me preguntan, porque todos tienen algún interés en nuestra patria y todos se sienten orgullosos de pertenecer á nuestra raza. Pero los que más vivamente me preguntan son los amigos de Cuba. Yo les he dicho que usted es, además de un gran poeta, uno de los hombres de mejores intenciones que hay en España—y negará á Cuba y Puerto-Rico la representación en la Constituyente—imposible, les he dicho. Cuando la nación vuelva á rehacer su pacto no será olvidada, no será desoída ninguna porción del territorio nacional. He salido fiador de que usted pedirá y obtendrá la representación para Cuba y Puerto-Rico.*

Yo creo que no me engaño. Ya comprenderá cómo habré seguido, con qué atención, su odisea de los últimos días. El capitán Lagier es un antiguo demócrata á quien yo quiero como un hermano. Su padre y mi padre fueron condenados á muerte por Fernando VII.

No olvide usted, amigo mío, este encargo. Es necesario una gran política para merecer el himno de alabanzas y de entusiasmo que entona toda Europa en loor de España. Unir á la inmortalidad por las obras literarias la inmortalidad por las obras políticas, debe ser una ambición de su alma. Espero, pues, que obtendrá usted la representación en la Constituyente para Cuba y Puerto-Rico. Abur. Pronto nos veremos.» Suyo

EMILIO **CASTELAR.**

(1) Alude al rasgo de haber salvado á Castelar, Cristino Martos y otros personajes políticos que, habiendo tomado parte en los memorables acontecimientos del 22 de Junio, se hallaban ocultos en casa del Ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos, llevándolos en su compañía á Francia.

MANCHA EN ARMIÑO

Las gentes que proclamaban como elemento dogmático de su religión político-social, la trinidad histórica de Dios, Patria y Rey, no sabían respetar ni al Rey, ni á la Patria ni á Dios, cuando el respeto de estos principios se oponía á los provechos del individuo ó á las conveniencias de partido.

Y es bueno tener en cuenta, que todo atentado contra la persona, reverbera siempre sobre la institución que ella representa; porque las instituciones sociales, cuando no tienen su raíz en la misma naturaleza humana, sólo viven de la autoridad moral que la costumbre y la opinión les conceden.

No en vano la blanca piel del armiño adorna la púrpura de los reyes: aseméjase á él la majestad, y acaso, lo ha tomado por símbolo, recordando á aquel pulcro animal, del cual se dice que muere cuando ve manchados sus purísimos vellones.

EUGENIO **SELLÉS.**

La primavera y la guerra

Caldea el sol las entrañas de los rojizos campos, fecundando los gérmenes de vida; estalla la térrea corteza respirando por sus grietas colores y perfumes, manojos de enmarañadas hierbas, verdes cabelleras sobre las cuales se balancean las flores silvestres con las palpitaciones del aire, y zumban los insectos multicolores que fueron durante el invierno larvas informes y ateridas; como oleada vivificante sube desde los últimos filamentos de las raíces la prolífica savia, circulando por las arterias del tronco, esparciéndose por las ramas, convirtiendo en madera jugosa y tierna el leño seco invernal, rompiendo los botones para expansionarse en forma de hojas, cubriendo la tierra con una bóveda verde; y en los cultivados bancales, martirizados incesantemente por la acerada uña del arado, crece el trigo como bienhechora bendición, y entre sus verdes espigas asoman las rojas amapolas como gotas de sangre del gran combate librado entre la naturaleza fecundante y el suelo yermo y helado.

Reina la primavera; la juventud del año, como la llamaba el poeta. Por ella y para ella se viste: de verde el monte; hierve la plata en los ríos; vibra la dorada luz en el espacio; canta el ruiseñor bajo la tienda de follaje, poblando de trinos el augusto silencio de la noche; lanza su grito la alondra, despertando con la primera luz del día y sacudiendo sus plumas impregnadas de rocío; se cubre el cielo de transparencias nacaradas en los dulces crepúsculos, y las golondrinas voltean en el aire su caprichosa contradanza con silbidos que parecen rayar el azul cristal del espacio.

Nunca como ahora se ama la vida. Jamás como en primavera parece hermosa la tierra y seductora la existencia.

El perfume de los campos deslízase lentamente hasta lo más profundo de nuestro ser; la sangre hierve en nuestras venas como la savia en las de los árboles; las mujeres parecen más hermosas, el sol más deslumbrante, la vida más dulce.

Los desolados horizontes cúbrense con cortinas de verdes hojas, cuyas puntas tienen suave transparencia; el naranjo, como enorme incensario, impregna el ambiente de azahar, el perfume del ensueño que hace pensar en la presencia de hadas invisibles que con su aliento os rozan las mejillas; en los jardines la hierba, con sus minúsculas florecillas, crece hasta en las escalinatas, desuniendo con su fuerza de expansión las ajustadas losas de mármol; las blancas estatuas cúbrense con sombrillas de hojas, á través de las cuales el sol las viste con mantos de oro festoneados de sombra; asoman entre el follaje las rosas encendidas, rojas y frescas como femeniles bocas que ofrecen interminables besos y las flores de pétalos blancos y carnosos que hacen pensar en desnudeces de raso, en carnes sonrosadas como las de las ninfas de Rubens ó ambarinas y transparentes como las de las beldades del Ticiano; se adormecen en el prado las tímidas violetas, lánguidas, melancólicas y espirituales como vírgenes del prerrafaelismo; y la naturaleza, ebria de lujuria y de luz, estremeciéndose con desesperezos de intensa voluptuosidad, temblando con el espasmo de la fecundación, cubre la tierra de colores y de perfumes, y el espacio de rumores suaves y dulces como si todo el éter temblase con el escalofrío de un beso inmenso dado á la tierra.

Estamos en plena apoteosis de la vida; y cuando todo lo existente parece cantar un himno al amor, allá abajo, sobre las soledades del mar, los monstruos de acero cargados de hombres se buscan y y rebuscan para emprenderse á cañonazos, para empañar el claro espacio con el infecto humo de la pólvora y enturbiar el azul profundo y solemne de las olas con el rojo de la sangre y la asquerosidad de las humanas piltrafas.

En un mundo donde existe la mujer, copa de felicidad jamás vacía por mucho que se apure y cuyos ojos brillan con el ardor de la primavera; donde el vino chisporrotea en la copa de cristal con su corona de irisados brillantes; donde los bosques tienen flores que perfuman y trinos envueltos en plumajes voladores que saltan de rama en rama; donde el cielo, con las transparencias de la rosa y los cambiantes del nácar ofrece la más hermosa de las tiendas para cubrir los delirios del amor, de la única verdad que encontró el doctor Fausto después de estudiar tanto; en un mundo tan bello, los hombres consideran como la más digna y honrosa de las profesiones hacerse polvo á cañonazos por si cuatro pedazos de tierra han de estar protegidos por una bandera de un color ó de otro.

Admiremos la sublime estupidez del hombre.

La naturaleza generosa le ha dado cuanto tiene de más hermoso y seductor; le ha dado la mujer, el vino y la primavera, las tres grandes inspiraciones del arte.

Y el hombre, ¡oh bestia ruin!, ha correspondido á tanta generosidad inventando el cañón que ensangrienta los mares y convierte en cementerios los fecundos campos.

V. BLASCO IBAÑEZ.

RESABIOS DEL VICIO

DOLORA

«Insultáis, bostezando, á quien os ama»
—le dice á Luís catorce cierta dama—
«Si daros por esposa el Cielo quiso
una infanta inocente,
¿qué os falta en vuestro casto paraíso?»
Y el gran rey le responde: «La serpiente».

R. DE **CAMPOAMOR.**

Los Socialistas

Aboguemos por la paz

Nuestro país, pobre en producción, más pobre aún en enseñanza, administrado horriblemente, desangrado por dos insurrecciones coloniales y con todas sus rentas empeñadas, hállase en guerra con una nación poderosa, fuerte y rica.

Se han lanzado á esa lucha la imprevisión de nuestros gobernantes y el espíritu mercantil de casi toda la prensa de gran circulación.

Apenas han hablado los cañones, y ya ha esperimentado un desastre, que le ha costado muchas vidas, muchos millones y la pérdida de una plaza fuerte. Poco más de un mes hará que se declaró la guerra, y ya nota sus terribles efectos: vida cara, paralización del trabajo, enorme depresión económica, malestar en la pequeña y mediana burguesía y miseria profunda en los que no tienen más propiedad que sus brazos.

¿Que ocurrirá si la guerra dura algunos meses? Que se agravará considerablemente esta penosa situación; que el plomo, el hierro y las enfermedades arrebatarán la existencia á miles de proletarios; que se gastarán estérilmente centenares de millones, y que España, vencida por la inmensa fuerza de los Estados-Unidos, perderá casi todas sus colonias.

¿Cómo librarnos de esa *débâcle* y de las gravísimas consecuencias que de ella se derivarían? Yendo á la paz inmediatamente. La paz pondrá término á la matanza de proletarios españoles, empezada hace tres años, y con la paz podrá reponerse España de los quebrantos sufridos, desarrollar su riqueza, fomentar la instrucción, corregir sus malas costumbres políticas y abrir ancha vía á todas las ideas de mejora y de progreso.

Pero la paz—se nos dirá—no puede alcanzarse sin que se reconozca la independencia de Cuba. Pues reconozcámosla, porque aparte de que no hay ya medio para conseguir que dicha isla sea española, no es justo que un pueblo se imponga á otro.

Acaso no baste—se nos replicará—el reconocimiento de la independencia de Cuba para terminar la guerra, y se nos exija algo más. Sensible será que eso ocurra, pero si para conquistar la paz es imprescindible hacer otra concesión, hagámosla, porque, de continuar la lucha, el vencedor exigirá mucho más cuando á España le sea imposible pelear.

La paz es lo que conviene hoy á nuestro país, y por la paz deben abogar todos los hombres de carácter y rectitud, todos los que sufren viendo sufrir á los demás y todos los que amen de veras á esta tierra desdichada.

PABLO **IGLESIAS.**

Statu quo

Singular contraste: durante las guerras sostenidas por España contra los insurrectos de Cuba y Filipinas, las clases populares iban á la lucha resignadas pero sin entusiasmo, mientras las clases directoras pedían á voz en cuello el exterminio de los rebeldes. Estalla el conflicto con los Estados-Unidos, y en un santiamén se cambian las tornas: el pueblo se entusiasma, pide la guerra, en tanto que los privilegiados la aceptan á regañadientes, y si no se oponen á ella de modo resuelto, es por temor á colocarse en contra de la voluntad de las muchedumbres.

¿En qué estriba la razón de tal contraste y de cambio tan radical?

Este interesante fenómeno se presta á que sobre él se hagan algunas consideraciones.

***

La guerra con los insurrectos representaba la continuación del *cómodo statu quo* en que hace tiempo vivimos los españoles. Con esa guerra no se ponía en peligro, antes se defendía, en parte, lo que constituye la organización social presente, con tanta sabiduría dispuesta para la felicidad y bienestar de unos pocos. Para estos tales la pacificación de nuestras colonias había de acarrearles incalculables ventajas. Cuba y Filipinas han sido como dos grandes sanatorios de las bolsas de nuestros políticos: era de gran interés conservarlas. ¿Que un prohombre de cualquiera de los partidos turnantes estaba con el agua al cuello? Pues á Cuba ó á Filipinas con él, y en espacio de unos cuantos meses volvía á España cargado de pesos y con aptitud para seguir prestando servicios valiosos á su partido. Gracias á Cuba tenían los Gobiernos actas con que obsequiar á los jóvenes aprovechados que en la Península no encontraban distrito, entre otras razones, porque sus nombres no habían traspasado los límites de la tertulia de tal ó cual personaje. Cuba y Filipinas eran planteles de gobernadores, vivero de funcionarios listos, criadero de gente útil para la marcha del actual sistema. ¿Cómo no defenderlas á costa de los mayores sacrificios, sobre todo cuando estos sacrificios se hacían *in anima vili?* Las guerras de Cuba y Filipinas convenían á los privilegiados: sus hijos no habían de correr los riesgos en la manigua; los fondos públicos se sostenían; el cupón se pagaba religiosamente... Pues adelante con la guerra.

El pueblo no se apasionaba por estas cosas. ¿Qué ventajas morales ó materiales había de traerle la victoria? Ninguna. El campesino que riega con su sudor el surco, el oficial que trabaja en su taller, el minero que golpea la roca en las entrañas de la sierra y el albañil que pasa su vida en el andamio tenían poco interés en conservar *nuestras* colonias. ¿Para qué? ¿Fuman ellos, por ventura, vegueros de Vuelta Abajo? ¿Recrean su paladar con los azucarados frutos tropicales? ¿Pueden soñar siquiera en que los nombren gobernadores de la Pampanga ó vistas de la Habana ó diputados por Manzanillo?... No; iban á combatir para prolongar un estado social, un *statu quo* que en nada ó en

Número suelto, 10 céntimos.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

© Biblioteca Nacional de España